

Fronte de Extremadura



BOLETIN DE LOS COMISARIOS DE GUERRA DE ESTE SECTOR

24 diciembre 1936

M A D R I D

Año I - Núm. 2

Editorial

Camarada: En estos momentos en que la organización del ejército del pueblo se está haciendo a grandes pasos nos dirigimos a vosotros recabando vuestra incondicional ayuda para que esta labor se verifique, sin que los interesados en que esto no prospere puedan desarrollar una labor desmoralizadora entre los hombres sanos que no puedan alcanzar a comprender la necesidad y eficiencia de esta nueva organización.

Habéis de tener en cuenta que el ejército que tenemos enfrente es un ejército regular y disciplinado, disciplina impuesta por los de arriba y que difiere en todo de la que nosotros nos tratamos de imponer; por esto, por ser impuesta por nosotros mismos.

A un ejército regular solamente se le puede combatir con otro ejército regular, esto es lo que estamos creando, y la prueba de que este es el camino la tenemos en que el embrión de este ejército, que es el que hoy defiende Madrid, no permite que el enemigo pase. Pero esto no basta, necesitamos un ejército capaz de rechazar al ejército de alemanes, italianos y moros, y no solamente rechazarle sino perseguirle y destrozarle. Todo el que se oponga a que esto se consiga no puede ser mas que un enemigo emboscado al que es preciso descubrir y darle su merecido.

Todos los sentimentalismos debemos rechazarlos con energía, ya que la lucha entablada sólo con unidad y decisión puede conducirnos a la victoria.

Nosotros sabemos que para muchos significa un sacrificio de tipo sentimental la nueva organización pero el ejemplo a seguir nos lo da el glorioso 5.º regimiento que arrojando de si el lastre del sentimentalismo desaparece como tal 5.º regimiento dejando el paso a las nuevas brigadas que forman el ejército potente que permitirá, en fecha no lejana, que los "Francos" los "Hitler" los "Mussolini" y demás canalla conozcan de lo que es capaz un pueblo que quiere ser libre y pospone todas sus cosas a la necesidad de ganar la guerra.

¡Viva la unidad de mando!

¡Viva el ejército del pueblo!

Ayuntamiento de Madrid

Los destructores de tanques

Una pregunta que nos hemos hecho muchos: ¿cómo son estos camaradas que destruyen tanques? ¿Cuál es su manera de ver la guerra, de ver la vida? ¿Es simplemente una cuestión de nervios? Esto parece que simplifica mucho el asunto, pero no es así. Aunque sea una cuestión de nervios—nada más que eso—, las cuestiones de nervios suelen no ser nada simples. Cuestión de nervios ha sido casi siempre todo lo que en el terreno de la guerra se ha hecho en el mundo. Así tenía que ser cuando gran parte del moderno material de guerra va «contra los nervios» del enemigo.

Y ese material de guerra, si no contara con el «mal de nervios» y con su facilidad de contagio, sería totalmente insuficiente. Con todo lo que los criminales constructores de imperialismo han inventado, viene hoy a resultar que, estando la tropa convenientemente diseminada por el terreno y fortificada, una granada de cañón o de avión no puede matar más que a un individuo. Y ahora paremos a pensar en las dificultades que tiene para un artillero colocar una granada encima de un hombre tumbado a una distancia superior a cuatro kilómetros. Si calculamos que para acertarle necesita un promedio de cincuenta disparos—y es poco—, bastará con multiplicar el número de soldados por el de disparos de cañón para ver cómo es problemática y dudosa la eficacia de la artillería, incluso de la más moderna, en campo abierto. Esto tiene una importancia particular cuando se posee, como nosotros, una infantería superior a la del enemigo.

Con los aviones sucede lo mismo. En cuanto a los tanques... Ya se ha convenido en que el tanque es un monstruo ciego. Pero un monstruo, que es lo que importa para los nervios. El tanque, el avión y la artillería moderna van contra la moral del enemigo. La moral es una cuestión de nervios, y lo monstruoso

del tanque, su andar pesado y desigual, el ruido de sus blindajes, su facilidad para el escalo o el descenso, su oculta inteligencia destructora, todo lo que tiene de inexplicable para los ojos es lo que impresiona nuestros nervios. Aunque en menor escala, es el mismo fenómeno que desconcertaba a los aztecas de Méjico cuando Hernán Cortés hacía disparar una culebrina. Y el mismo que produciría el mismo tanque a la población de una tribu primitiva. Y los tanques, que en otras guerras han sido elementos decisivos, en la nuestra se han estrellado contra los nervios de acero de nuestros milicianos.

Antonio Col, Grau, Cornejo, Molina y otros héroes que esperan la oportunidad con la bomba en la mano y la mirada segura, han sabido calibrar las flaquezas del monstruo, han sabido hasta qué punto su ceguera y su rigidez son consecuencias, son desventajas que se desprenden de su propia supuesta perfección. Un carruaje perfectamente blindado tiene que ser torpe de movimientos. Un recinto herméticamente cerrado tiene que ser ciego. Para atacar eficazmente hay que dar el pecho. Para ver al enemigo—como da la casualidad de que tenemos los ojos en la cara—hay que dar la cara. El caso de Col y de los otros héroes afortunados fué ése: tuvieron nervios para dar la cara, para dar el pecho. Y vencieron.

Están formando una corta pero brillante legión los destructores de tanques. Una heroica emulación en la destreza y el riesgo agita nuestras avanzadillas. Los mejores, para los peligros más agudos. Es la selección espontánea de las guerras, que en

nuestro caso no es como en las filas imperialistas y fascistas una selección al revés, la selección de la brutalidad. En nuestras gloriosas Milicias es la emulación espontánea para destacar los camaradas de mejores condiciones físicas y morales a la vanguardia honrosa de la causa más alta. Hemos hablado algunos compañeros con Cornejo, el joven héroe. Al hablarnos de sus hazañas lo hacía con palabras no de valor brutal, sino de pasión política. Pasión clara y diáfana, no pasión turbia y embrutecedora. Al enemigo lo anima en sus momentos «mejores» la furia del bosquimano. A nosotros la serena pasión del que luchando se siente a sí mismo más noble, mejor, más digno él mismo y de la sociedad en que vive. La lucha nos hace mejores a nosotros, mientras al enemigo lo animaliza.

El caso glorioso de nuestros destructores de tanques es el de unos nervios de acero coordinados con una ideología y una pasión política que los sitúa a la vanguardia de la liberación del pueblo, de la redención de toda la clase trabajadora, de lo más inteligente y humano del pensamiento moderno, de la verdadera y única civilización. En esa misma vanguardia donde cree estar uno—donde quisiéramos, por lo menos, merecer un puesto—tiene el recuerdo de Col y la espléndida realidad de Grau, Cornejo y Molina, el lugar de honor. Respeto a los destructores de tanques. Yo hilaré después, en los días de calma, estos recuerdos como los que señalan la cima de la ansiedad de una vida. Habéis destruido la superstición y el mito del monstruo y merecéis que vuestros nervios de hierro y vuestra clara pasión política se relaten y se fijen en la memoria de nuestros hijos y nuestros nietos. Para eso buscaremos nosotros las palabras más densas y más alucinantes.

Ramón J. SENDER

NOTA.—Son redactores de este Boletín todos los comisarios políticos de este sector, y colaboradores todos los jefes y milicianos del mismo que así lo deseen.

Ayuntamiento de Madrid

Problemas de la guerra

Cada día que pasa surgen cuestiones impuestas por las necesidades de la guerra que obligan a los trabajadores a tomar decisiones que en otros momentos hubieran parecido imposible que la clase trabajadora hubiera llegado ha aceptar. Algo de esto sucede en la actualidad con la militarización de las fuerzas combatientes y la formación del nuevo ejército del pueblo. Hemos llegado a una situación en la lucha que la mayor parte de la clase trabajadora ha llegado al convencimiento de que cada obrero tiene que convertirse en un soldado valiente, consciente y disciplinado. Los escrúpulos anteriores han sido destruidos por la metralla de los cañones fascistas que hunden Hospitales aplastando a los heridos y que hunden las casas humildes asesinando ancianos, mujeres y niños.

La disciplina y organización militar son una imposición que la lucha por nuestra emancipación nos hace, y que nosotros voluntariamente aceptamos, pero es necesario que todos los componentes del nuevo ejército nos demos cuenta de las dificultades, que todos tenemos que vencer, y principalmente de la responsabilidad que todo soldado del pueblo tiene adquirida para con las ideas y para consigo mismo.

Cada soldado de hoy tiene la obligación de pensar hasta donde llega la capacidad económica de su país para poder soportar los enormes gastos que impone la guerra y, una vez en

conocimiento de esto, ver el medio de ayudar a los directores de nuestra política a dar solución a estos difíciles problemas, puesto que ellos son los factores más importantes para ganar en esta dura contienda.

Hay deberes de carácter moral que las ideas imponen y que el ser consciente de cada hombre debe de encauzar. Es preciso que cada obrero se acuerde que al abandonar el trabajo que habitualmente tenía antes de empezar la guerra dejó un lugar que en muchos casos no ha sido cubierto por nadie y en otros lo fué por compañeros que, aun estando organizados, difícilmente podrán tener la educación política tan desarrollada como los que dejaron la herramienta para coger el fusil. Reconozcámos que hay en la retaguardia muchos compañeros convencidos que trabajan de buena fe; y luchan honradamente por la causa pero respetando a estos en todo lo que merecen, no olvidemos que hay muchos aprovechados que parapetados en el traje de milicianos o en la secretaría de un comité fantástico hurtan su aportación perso-

nal en la lucha deshonrando las ideas que dicen defender. Por todos los medios tenemos que evitar que los emboscados o reaccionarios de ayer y cobardes de hoy sean los que mañana dirijan la política del país. La forma de evitar el falseamiento de la revolución democrática consiste en que todos los militantes que hay movilizados en el ejército no pierdan el contacto y sigan haciendo labor de propaganda y educación política entre todos los milicianos y así, cuando falte uno o varios camaradas capacitados que cayeron en la lucha tendremos muchos compañeros preparados para cubrir su puesto, evitando de esta manera que una desviación o falseamiento de la lucha, lleve a la esterilidad más absoluta el sacrificio de tantas vidas proletarias, de tantas vidas que generosamente se dieron por la causa. Camaradas, evitemos que nuestros enemigos seculares aprovechando nuestras debilidades prostituyan nuestra causa, procuremos decidir la lucha primero con las armas después con el trabajo consciente que será el que vaya construyendo la nueva sociedad.

La victoria sólo se obtendrá cuando la militarización absoluta de las masas que luchan contra el fascismo sea un hecho. Para conseguirlo es necesario que te esfuerces por lograr una organización eficiente y una disciplina rígida. Si así lo deseas lo conseguirás y habrás contribuido a dar un paso largo en el camino del triunfo.

Merezcamos la victoria

Tenemos la razón, tenemos la fuerza, ¿qué es lo que nos falta para vencer? Nos falta, el que todo combatiente antifascista se dé perfecta cuenta de que sin una DISCIPLINA DE HIERRO no es posible la victoria. El enemigo carece de la razón, de la fuerza porque no se apoya en los obreros, ni en los campesinos, ni en la pequeña burguesía y, en fin, en ningún español que quiera a su patria; pero no podemos negar que tiene una disciplina única que le ha permitido algunos éxitos, claro está que nosotros no queremos una disciplina basada en el terror, ni de tipo jerárquico, al estilo del viejo ejército que convertía al soldado en una máquina más movida solamente por la voluntad de los superiores. Rechazamos la disciplina del «yo soy el jefe y tu te callas» pero queremos que en ejército popular del pueblo la cordialidad entre los mandos y los soldados no sea mal interpretada por nadie, que nadie se crea con derecho a discutir las órdenes de los jefes puesto que estos lo son, en su mayoría, por sus conocimientos y por la lealtad con que se han puesto al servicio de la causa del pueblo. Camaradería y cordialidad de hermano mayor deben ser las características del jefe del nuevo ejército y las del soldado respeto y obediencia a este y ejecución de sus órdenes.

También necesitamos para conseguir la victoria ser dignos de ella y no puede ser digno de ella el grosero que no respeta a la población civil y muy especialmente a las mujeres, ni

el que, por fortuna abunda poco en nuestras filas, se dedica al pillaje aunque sea de objetos de poca importancia; cuando por necesidades de la guerra ocupemos una casa o piso procuremos dejar todo en orden, sin llevarnos lo más mínimo, de manera que cuando regrese su dueño, piense o no como nosotros, no pueda por menos de reconocer que allí ha estado el ejército del pueblo y no el de

los ladrones y asesinos fascistas. Pero hay aún más, cualquier soldado debe llamar la atención al que vea cometiendo actos de esta naturaleza y sin miedo al adjetivo de «chivato» debe denunciar, a los responsables políticos o jefes militares, cuantos casos conozca para que estos reprendan y castiguen estos hechos vergozosos que no deben de ocurrir por dignidad antifascista y porque la primera condición para lograr la victoria es merecerla. Merezcámosla para conseguirla, miliciano.

Consejos a los milicianos

El fuego no debe comenzar hasta después que los jefes den la señal de fuego prematuro de fusilería.

Comienzo.—En el duelo a muerte entablado por el soldado de infantería con los enemigos que le cierran el paso toda la cuestión se reduce a prever el golpe del enemigo disparando antes y con mayor precisión. Para esto el soldado debe ser capaz. Primero, de ser el primero en ver al enemigo; segundo, de tirar con precisión.

Por la prisa en anticiparse a la bala enemiga, muchos soldados tiran con toda rapidez, sin apuntar y, a veces, sin apoyar el arma en el hombro y sólo en en la cadera.

Hay que esforzarse en apuntar bien, aunque sea rapidísimamente.

Durante la carga.—A la par que se avanza impetuosamente hay que procurar dejar fuera de combate a todo enemigo que se deja ver, para dejar el camino limpio de enemigos. En todo caso, tratar de impedir que el enemigo dispare apuntando.

Primero, localizar la línea enemiga para descubrir en se-

guida cualquier aparición; segundo, ante cualquier enemigo que se presente, pararse en seco, de pie, echar el fusil a la cara, apuntar y disparar rápidamente (no hay que tirar mientras se anda o se corre, ésta es una costumbre defectuosa que quita al tiro toda precisión y que es peligrosa para los compañeros); tercero, cuando el enemigo agache la cabeza o esté fuera de combate, lanzarse de un salto hacia adelante; cuarto, continuar avanzando, con la vista clavada en la línea enemiga, alternando la carrera con disparos, procurar no disparar en todos los sentidos o a la espalda de los camaradas.

En el cuerpo a cuerpo, pelear más con tiros a bocajarro que a la bayoneta.

Primero, recorrer con la vista todas las irregularidades del terreno de la posición enemiga; segundo, abatir a bocajarro a todo adversario que se presente; tercero, si el enemigo se mantiene en una parte de la línea, más a la derecha o más a la izquierda, disparar sobre él en enfilado.